



habitante del desierto... El amor de Cristo ha herido su corazón, y vedle, que viene a llenar el vacío a cantar, en su lengua nativa, el himno del amor. Así sería Cristo. Desterrado en una nación, pasa la frontera y pone en otras tierras su bandera. Y al día siguiente ondea la bandera de la verdad, y en torno de ella se agrupan las tribus, las razas, los nuevos pueblos ganados a la fe.

¿Cómo no admirar la fuerza y el poder de este amor que da forma y robustece el tiempo, ese gran destructor? Porque a nadie extrañaría que la belleza sobrehumana de Cristo arrebatara el corazón de cuantos les vieron y sintieron el atractivo de su inefable dulzura.

Lo extraño, lo singular, lo sorprendente es, que como dice el incrédulo Renan «Jesucristo es mil veces más amado hoy que cuando vivía» ¿creo es esto un triunfo singular?

El no se propuso dominar al mundo asombrándolo con el poder de su brazo, ni deslumbrarlo con el sol de su impotencia. Quiere conquistarlos por el amor ¿Lo ha conseguido? Reina en el corazón. Yo me lo imagino de pie, sobre el trono, en medio de la humanidad recibiendo el homenaje de todos los siglos. Siglos de los mártires que tegaron con su sangre los surcos de la fe; siglos de los doctores que combatieron con desnudo por el triunfo de la ver-

dad; siglo de las vírgenes y anacoretas, cuya pureza resplandece en el seno de la corrupción; siglo de las cruzadas que conmovieron a la Europa cristiana en defensa de su causa; siglo de las catedrales que surgieron de la tierra con sus bóvedas aéreas y sus torres dentelladas; siglos de los pontífices en torno de los cuales gravitaron los pueblos y los reyes; siglos de la elocuencia, de la literatura, de la poesía y de los artes, donde se revela en todo su esplendor la inteligencia humana.

Y estos siglos, todos estos siglos ¿no los veis inclinarse delante de Cristo y ofrecerles rendidos el inmenso amor?

¿Verdad que al conmemorar su